



ABISINIA.—SOLDADOS ABISINIOS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 228)



CARTA DE SU SANTIDAD PÍO X AL CARDENAL GIBBONS

SUPONEMOS á nuestros lectores enterados del éxito cada vez mayor que alcanzan las Misiones á los no católicos en América. Pues bien, esta obra y su método acaban de ser oficialmente aprobados por el Sumo Pontífice en una carta dirigida al Cardenal Gibbons.

He aquí la traducción:

PÍO X, PAPA

A nuestro amado hijo Jaime, Cardenal Gibbons, Cardenal sacerdote del título de «Santa María in Transtevere,» Arzobispo de Baltimore.

Amadísimo hijo, salud y bendición apostólica:

Como el deseo de contribuir por todos los medios al progreso de la Iglesia entre las naciones nos preocupa siempre, con verdadera alegría nos hemos enterado de

AÑO XVI.—NÚM. 319

que en los Estados Unidos de América aumenta, más y más cada día, el número de los que se sienten poderosamente atraídos al estudio de las doctrinas de la Iglesia católica, gracias á la incesante labor de celosos misioneros, especialmente de los formados en el *Apostolic Mission House*, de la Universidad de Washington.

En la obra tan fructífera de estos misioneros dos cosas hay que merecen particularmente nuestros aplausos: la primera es que todos los misioneros, establecidos en las diversas diócesis, estén á las inmediatas órdenes de sus Ordinarios, y, bajo su dirección y sus auspicios, enseñen las doctrinas de la fe, no sólo á los católicos, sino también á los no católicos. Y la segunda, que nos complace tanto como la primera, es que no sean ásperos en sus predicaciones, concretándose únicamente á exponer en toda su verdad é integridad la doctrina católica, método que abre más fácilmente á los no católicos las puertas de la verdadera fe, porque el poder de la verdad es tan grande que para hacerla amar de los hombres basta hacérsela conocer íntimamente.

Por consiguiente, sepan estos celosos misioneros que su obra y su método están enteramente conformes con los deseos y esperanzas de la Sede Apostólica, y, fortalecidos por este testimonio de Nuestra aprobación, continúen su trabajo, acordándose siempre de que Nos y la Iglesia aprobamos su celo para lograr que sus Misiones se extiendan por todas las diócesis y se multipli-

15 DE OCTUBRE DE 1908

quen más y más cada día. Dios hará que fructifique la semilla que con tanto celo siembran estos misioneros en el campo del Señor. El premiará con abundante cosecha en esta vida y la recompensa eterna en la otra los trabajos y fatigas de estos fieles obreros.

En prenda de estas bendiciones, y como testimonio de Nuestra paternal benevolencia, os damos de todo

corazón la bendición apostólica á vos, amadísimo hijo, á los obreros elogiados en esta carta, á sus colaboradores y á cuantos de algún modo ayuden á sus fructíferas cosechas.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, á los 5 de Septiembre del año 1908, sexto de Nuestro pontificado.

Pío X.

CARTAS DE MISIONEROS

TSURUGA

Primera conversión

El autor de la carta que damos á continuación es ya muy conocido de nuestros lectores, quienes en otra ocasión mostraron interés por su obra de los estudiantes japoneses en Tokio. A principios de este año le confió su Arzobispo una nueva obra en la provincia de Nagoya, en donde no dudamos seguirán alentándole las simpatías que su celo é inteligente iniciativa le habían conquistado entre los lectores de *Las Misiones Católicas*:

CARTA DEL RDO. P. CLAUDIO FERRAND, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE TOKIO (JAPÓN).

TSURUGA es una ciudad del Japón, situada en la línea del ferrocarril del Tokaido. Su población actual es de 20,000 almas, todas esclavas de Satanás. Ciudad importante, en su puerto desembarcan, al llegar al Japón, los turistas y comerciantes que vienen de Europa por el Transiberiano, y embarcan luego en Vladivostock en uno de los vapores que prestan servicio entre esta ciudad y Tsuruga. Hace más de once años existe en esta ciudad una Misión protestante (secta de los Metodistas). Ningún misionero católico había hasta hoy predicado en ella el verdadero Evangelio.

En Enero del corriente 1908 el Ilmo. Sr. Mugabure me mandó fundar en esta ciudad una Misión católica. Como es natural, el venerable Prelado no me dió un céntimo para ello. Tenía confianza en... mis numerosos amigos y bienhechores de Europa y América.

Tomé, pues, mi pluma de mendicante, y confiando en la divina Providencia, que nunca me ha faltado en los momentos críticos, tomé alquilada en Tsuruga una casa japonesa, instalé en ella un catequista indígena y empecé á dar conferencias religiosas públicas.

Sucedió que, el 10 de Marzo, debía darse en Tsuruga la segunda conferencia religiosa. Eran las siete de la tarde. Debían hablar cuatro oradores: el nuevo catequista local, llamado Koshüshi Morizo, que es un convertido de la Iglesia rusa cismática; el catequista de Nagoya (mi residencia central), llamados Makino Taizô, que hace más de veinte años desempeña tal cargo; el misionero de Toyana y el que suscribe. El primer sermón debía empezar á las siete y media.

A eso de las siete un hombre, al parecer de unos cincuenta años, acertó á pasar por delante de la puerta de la Casa-misión. Vió el gran farol de papel, en que estaban escritas con gruesos caracteres chino estas palabras: *Kô Kyô Kwai enzetsu* (Conferencias católicas), y, pues no tenía prisa, atraído por la curiosidad, ó mejor dicho por la gracia, entró á oír la conferencia.

Minato Kyuji no es un hombre vulgar. Fué la primera conquista que hicieron los protestantes al establecerse en Tsuruga. Inflamado en amor de Cristo, á quien acababa de conocer, aunque bajo un falso aspecto, entregóse con toda su alma á la obra de la evangelización, y, gracias á su ardiente celo, en breve el número de los adeptos protestantes aumentó considerablemente.

Entró, pues, en el salón de conferencias, y se sentó sobre una esterilla dispuesto á escuchar cuanto iba á decirse.

Al levantar los ojos fijóse en las cuatro tirillas de papel coladas á la pared, en cada una de las cuales estaba escrito el nombre de uno de los oradores que debían hablar aquella noche. Y leyó: Makino Taizô.

Este nombre evocó en su mente un vago recuerdo de su juventud. En otros tiempos tuvo por amigo á un tal Makino Taizô, á quien hacía más de 36 años que no había visto. «Sería curioso, pensaba, que este Makino Taizô, cuyo nombre veo aquí, fuera el amigo de mi juventud.» Para cerciorarse de si eran ciertas sus sospechas, pidió ver al orador. ¡Y era él, su antiguo amigo!

No se abrazaron, porque en el Japón no es costumbre abrazarse, pero se saludaron amistosamente y con una expresión de sorpresa y alegría bien naturales, nacidas de lo íntimo del corazón. ¡Encontrarse después de treinta y seis años de no haberse visto y en tales circunstancias! Aquella noche, precisamente, Makino Taizô tenía que hablar de la Iglesia de Cristo, de la verdadera... y de las falsas. Y su discurso fué más elocuente que nunca.

Acabadas las conferencias y retirada ya la muchedumbre, ambos amigos se quedaron aún en el salón, donde estuvieron hablando de los felices días de su juventud hasta la una de la madrugada.

Las relaciones han continuado. Paulatinamente el viejo protestante se ha instruido, y, con la ayuda de la gracia, la verdadera luz dispuso las tinieblas que ofuscaban su inteligencia, y el día de la Asunción de la Virgen recibió el santo Bautismo.

Los protestantes están furiosos por la pérdida de su principal adepto, el fundador de su secta en Tsuruga. Temen que otros le sigan, lo cual bien podría ser. ¡Cuánto no hicieron para retenerle! Llegaron á ofrecerle importantes sumas de dinero. Pero Minato Kyuji es inquebrantable en sus resoluciones. Quiso ser la primera piedra de la Iglesia católica de Tsuruga, y á ella se consagró con todas sus fuerzas. ¡Bendito sea Dios!

Un detalle característico.

Al instalarme en Tsuruga sólo había en esta ciudad una Misión ó secta protestante. Desde entonces acá se han establecido otras cuatro y, además, la Iglesia rusa cismática. Como se ve seis somos, pues, los que nos disputamos esta pobre ciudad. La lucha ha empezado, y á mi entender será de las más encarnizadas. Pero nosotros luchamos con gran desventaja; somos pobres. Los protestantes, por el contrario, son muy ricos, y esto les permite hacer sus cosas con muchísimo bombo, lo cual no deja de ser gran ventaja para ellos. Por consiguiente, si el que leyere esta carta sintiese el deseo sobrenatural de cooperar con alguna limosna al sostenimiento de esta nueva Misión y de su catequista, hará una santa obra.

¡Bendiga el Señor á cuantos me ayudaren á conquistar para El la ciudad de Tsuruga!

COLOMBIA

Preciosa ofrenda de los leprosos del Lazareto de Contratación con motivo del Jubileo de S. S. Pío X

Traducimos de la *Civiltà Cattolica* del 4 de Julio:

REVERENDO señor Director de la *Civiltà Cattolica*: He aquí el óbolo de la viuda del santo Evangelio. Son 500 liras que 650 leprosos albergados en este Lazareto de Contratación, envían al Santo Padre Pío X, para tomar parte también ellos en las fiestas de su año jubilar. En dicha suma está comprendido el óbolo que los Salesianos, hijos del Ven. D. Bosco, y las Hijas de María Auxiliadora, á cuyo cargo está este lazareto, envían al Sumo Pontífice.

En Octubre del año de 1903 el infrascrito tenía la dicha grande de postrarse á los pies de S. S. Pío X, elevado hacía pocos meses á la Cátedra de San Pedro. Animado por su bondad, no pude menos de hablarle de estos leprosos colombianos. El buen Padre al oír la narración de tanto sufrimiento se enterneció, y abriendo el cajoncito de su escritorio: «He aquí, me dijo, toda la fortuna que el Papa posee en este día,» y depositaba en mis manos todo el contenido en el cajoncito, que subía á la suma de 500 liras, añadiendo con bondad suma y ternura paternal que sentía en el alma no poder hacer más por los pobres leprosos en aquellos momentos.

Mas al siguiente día yo recibía en la Casa salesiana del Sagrado Corazón de Jesús del Castro Pretorio, diversos ornamentos sagrados destinados á los lazaretos de Colombia, y además dos hermosos retratos de Pío X llevando al pie una preciosa firma, escrita de su puño, con bendiciones y votos de felicidad para estos sus hijos tan desgraciados; deseando así perpetuar entre ellos sus bendiciones y votos.

En el sermón de la última Domínica, hablando á estos leprosos del Papa, de su año jubilar, de las grandes fiestas que en todo el orbe católico se celebran, me acordé de este hecho y se lo conté exhortándoles á orar siempre por el Vicario de Jesucristo; pero de un modo especial en este su año jubilar, y aun hacer por él un pequeño sacrificio, pues nos consta por el Evangelio que á los ojos del Señor valió mucho más la pequeña limosna de la viuda que la suma grande del fariseo.

*

Fruto de esta exhortación son las 500 liras que hoy le remito para que cuando tenga oportunidad las deposite en manos del Santo Padre, manifestándole su origen, y le pida por los Salesianos é Hijas de María de este lazareto, y especialmente por todos estos 650 pobres oferentes, una bendición particular que les haga fuertes y constantes en su prolongado martirio.

Encomendándome á sus oraciones me es grato llamarme de V. R. afectísimo en el Corazón de Jesús,

EVASIO RABAGLIATI, *Pbro. Sal.,*
Capellán de los leprosos de Colombia.

NOTICIAS VARIAS

Estados Unidos.

Otra conversión.—Miss Pendleton, conocida hasta hace poco por el nombre de Hermana Gracia, del Monasterio Protestante Episcopal de Santa María, fué recibida en la Iglesia Católica últimamente en el convento de Santa Isabel Cornwells, Pa. por el capellán, Rev. P. A. J. McCue. Hizo su primera Comunión el jueves 10 de Septiembre. Miss Pendleton es la cuarta Hermana de este Monasterio Episcopal que se ha convertido al Catolicismo.

Las bodas de oro del Cable Trasatlántico.—El 5 de Agosto último cumplieron cincuenta años de que el primer despacho telegráfico cruzó entre América y Europa. Desde Terra-Nova telegrafiaron á Inglaterra que el aparato funcionaba con fuertes sacudidas. De Inglaterra partió esta respuesta: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!» Después de éste, siguió un parte de la reina Victoria al presidente de los Estados Unidos, J. Buchanan. El parte constaba de 99 palabras. La respuesta del Presidente á la Reina tenía 143 palabras. Finalmente, M. Hudson, capitán del buque Niágara, que juntamente con el Agamenón habían tendido el cable de una costa á otra, anunció á su familia el triunfo obtenido con este parte verdaderamente conmovedor: «Baía de Trinidad, 5 de Agosto, 1858. Dios ha estado con nosotros. El cable telegráfico ha sido tendido sin ningún percance. A Dios sea dada la gloria.»

¡Qué espectáculo tan sorprendente! Estas naciones se aprovechan de una nueva invención del ingenio humano para transmitir los unos á los otros el mensaje de mayor alegría que jamás recibió el mundo, y dar á Dios las gracias y la gloria del triunfo conseguido; mientras que nuestros ateos modernos, reventando ciencia por su boca al anunciar sus descubrimientos, procuran arrinconar y hacer desaparecer á Dios del todo, como si no lo necesitaran para nada. ¡Pobres badulaques!

La Liga del P. Marquette.—Las cuatro capillas levantadas por la Liga del P. Marquette por el bien espiritual de los indios del lejano Oeste, han sido apropiadamente llamadas «estaciones para salvar almas en las incultas y solitarias paradas de las Reservaciones.»

La gloria del misionero católico en todos tiempos y en todos climas ha sido siempre que él solo se ha presentado no como destructor de razas, sino como verdadero vanguardia de civilización, enseñando al salvaje artes útiles y productivas de progreso material; al mismo tiempo que tomaba cuidado de su progreso espiritual. La historia de la destrucción de las antiguas Misiones sobre la costa del Pacífico es una de las manchas más vergonzosas en nuestros recuerdos nacionales. Los triunfos de aquellas Misiones se han repetido en

parte por la actividad de misioneros católicos entre los indios del Norte y del Este, y podrían renovarse, como en el caso de los Arapahoes, si convenientes y adecuados socorros fuesen enviados á los misioneros que están trabajando por su conversión y civilización.

Colombia.

Los católicos de Colombia y el Papa.—El Rdo. P. Agustín Anzuini, S. J., Rector del Colegio Pío Latino-Americano en Roma, fué recientemente recibido por el Papa, á quien presentó en nombre del señor Arzobispo de Medellín, Colombia, un rico y precioso regalo. Consistía éste en una caja de costosa madera que contenía objetos, de oro macizo, ídolos, monedas antiguas de Colombia, ornamentos de los indios del país, y oro nativo. El Papa agradeció mucho el regalo, y dijo que daría disposición para que los objetos fuesen colocados en el Museo y Biblioteca Vaticana.

Brasil.

Segundo Congreso católico.—Son también consoladores los progresos que hace el Catolicismo en esta nación. Hace poco tiempo se reunió allí el segundo Congreso católico que ha excedido, si se quiere, al primero en importancia, ya por la mejor organización que se le ha dado, ya por el mayor número de concurrentes, ya, en fin, por la trascendencia de los acuerdos que en él se han tomado, y que es de esperar contribuyan eficazmente á la prosperidad de la Iglesia católica en la joven República brasileña. Merece reproducirse el telegrama que el Congreso acordó dirigir al Clero francés, y que dice así: «El segundo Congreso católico brasileño saluda al heroico clero de Francia, tan cruelmente perseguido, y que en medio de tan duras pruebas ha sabido conservar el verdadero espíritu de obediencia católica, y le ofrece el testimonio de su solidaridad, de su admiración y de su estima.»

República Argentina.

Misiones de la isla Formosa.—A petición del M. R. P. Pedro Iturralde, Comisario de los Franciscanos en la Argentina, y según informe presentado por él mismo, el ministro de Agricultura de la República accedió á que se determinasen de nuevo los límites de la floreciente Misión de San Francisco del Laishi, en la isla Formosa, encomendada á los Franciscanos que hace tiempo vienen esparciendo allí la luz del Evangelio. Para los gastos que ocasione la nueva demarcación, y para atender á las demás necesidades de los misioneros, ha facilitado el Gobierno de la Argentina la cantidad de 10,000 duros, agregada á otra igual que concedió hace poco tiempo. Así demuestra aquel Gobierno el aprecio en que tiene los trabajos evangélicos de los Franciscanos en las apartadas islas del Mar Amarillo.

Sucre (Bolivia).

Colegio Don Bosco de Artes y Oficios.—Del informe sobre la Instrucción de Sucre, que presenta al Rector de la Universidad el Dr. D. Gerardo Vaca Guzmán, tomamos lo que se refiere al Colegio Salesiano. Dice así: «Verdadera satisfacción se experimenta al visitar este plantel, llamado á preparar artesanos hábiles, instruidos y morales: los progresos que cada día se realizan en él, son notables, ya por el ingreso de nuevos profesores especiales para cada oficio, que trabajan con decisión en la enseñanza de los alumnos, como por las nuevas máquinas y aparatos para los talleres que va adquiriendo el establecimiento; todos estos adelantos son debidos al es-

píritu altamente progresista de su inteligente y distinguido director el R. P. Efrén M. Capelli y de sus entusiastas colaboradores los demás señores profesores, que tratan de poner el colegio al nivel de los mejores que tiene la Orden Salesiana.

«El establecimiento está alumbrado por 50 focos de luz eléctrica, generada por un motor á petróleo de 50 caballos, cuya fuerza se aplica durante el día á las diversas máquinas.

«El número total de alumnos es de 200, siendo de ellos 96 internos, de los cuales gozan de beca gratuita concedida por el Gobierno, 56, y 7 gratuitos por el Colegio.

«Los alumnos externos ascienden al número de 140, todos gratuitos.»

Inglaterra.

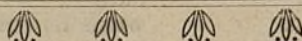
Rasgo de bondad de la Reina.—En la ciudad de Londres hay un hospital muy melancólico por sus asociaciones. Se llama el hospital de San Lucas, pero por ser destinado á recibir solamente aquellos que la ciencia médica ha dado por desahuciados, es más comunmente conocido por el triste nombre de «hospital de los moribundos.» En él se hallaba hace unos tres meses una joven obrera llamada Marta Massey en el último grado de tisis.

Por mucho tiempo había deseado vivamente ver á la Reina, pero nunca lo había podido conseguir. Viéndose ya próxima á morir, con toda sencillez escribió una carta á su Soberana, rogándola humildemente se dignase ir á verla antes de emprender su viaje á Rusia, pues si lo dejaba para su vuelta, sería ya muy tarde.

Esta muestra tan patética de candor conmovió á la Reina hasta las lágrimas; y el sábado 6 de Junio, sin hacerse anunciar, se presentó á las puertas del hospital, y pidió ser conducida á la cama de Marta Massey. Cuando la pobre muchacha vió á su Reina, se echó á llorar de gozo porque su deseo había sido llenado. La Reina le habló con una suma afabilidad, dándole las gracias por su carta y su invitación de ir á verla, y le presentó un magnífico ramillete de orquídeas, lirios de los valles y claveles blancos, diciendo al mismo tiempo que lo había mandado recoger en los invernaderos de su palacio expresamente para ella. La pobre enferma solamente pudo con dificultad y con voz entrecortada por la emoción responder: «¡Gracias á Vuestra Majestad!» Pero lo que no pudo expresar la lengua, lo expresaron mucho mejor sus ojos arrasados en lágrimas.

Después la Reina recorrió todas las salas del hospital, deteniéndose cerca de cada cama, y repartiendo á los pobres moribundos preciosas rasas que había traído al efecto. Al pasar la Reina se levantaba un concierto de bendiciones bien diferente del que hacían resonar los gladiadores en el circo romano, cuando al desfilar delante del Emperador, decían: «César, los que van á morir te saludan.»

Estando ya para salir del establecimiento, la Reina oyó una tos seca de uno de los enfermos. Se le dijo que era Marta Massey. En seguida la Señora mandó traer de su automóvil una cajita de pastillas que lleva siempre consigo. Con ellas se fué otra vez á la cama de la enferma, y poniéndole una pastilla en la boca con sus mismas manos, le dijo que la dejara disolverse y así sentiría alivio; y dando la cajita á la enfermera, le recomendó de darle á Marta una pastilla cada vez que era molestada por la tos. Y dirigiendo á la enferma una sonrisa de esas que son un rayo de sol para el alma, y estrechándole la mano, la Reina Alejandro se despidió.



MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

(Continuación)

os hechiceros nos recomendaban mucha paciencia.

«*Ngai*, decían, ha ido á Europa á informarse del país de los Blancos... Pronto regresará, y, por medio de nosotros, sus fieles servidores, os anunciará el resultado de sus estudios y os revelará el secreto de la grandeza y poder de estos hombres extraordinarios.»



Por otra parte, los Blancos debían abandonar nuestro país; estaban en él abriéndose camino para trasladarse á la Uganda; prueba de ello era el que habitaran en tiendas de campaña. Así discurríamos, cuando vimos con sorpresa y dolor levantarse una grandiosa ciudad, toda de hierro. El número de los Blancos aumentaba y el de aquella canalla de indios, *Swahilis* y Negros de la Costa, aumentaba aún más.

Un día los hechiceros creyeron haber triunfado. En la ciudad de los Blancos habíase declarado un horrible incendio; todas las casas ardían envueltas en un mar de llamas... Aquello era una prueba clara y evidente de que *Ngai* estaba de regreso.

Pero ¡ah! apenas extinguido el incendio los Blancos se pusieron á reconstruir, y esta vez las casas fueron de piedra.

Entre nosotros, los habitantes de la región del Centro, la paciencia era relativamente fácil, pues los Blancos se habían limitado á cortos paseos por nuestra región. Hacíamos la guerra y danzábamos como siempre, y no teníamos impuestos.

Creíase más feliz el que se hallaba más lejos de los Blancos.

Un día se nos presentó un Blanco, montado sobre hermoso caballo, acompañado de numerosa escolta de *askaris* (soldados negros), y nos advirtió que, dentro un mes, vendría á cobrar el impuesto.

¿El impuesto? No veíamos la razón.

«¿Por qué pagar, decíamos, y pagar todos los años, por las chozas que nos hemos construido nosotros mismos, sin solicitar la ayuda de nadie? ¿Por qué querían los Blancos que les restituyésemos, como si se las hubiésemos robado, aquellas monedas de plata que nos habían dado en pago de nuestro trabajo?»

A lo cual se nos respondía que era para hacernos puentes, y caminos, y... ¡como si mil senderos no hubieran surcado en todos tiempos nuestras verdes colinas, y como si tuviéramos necesidad de puentes para vadear nuestros ríos!...

O que era para *vestir* á los *askaris*, quienes nos protegían contra los Massais...

¡Esto era el colmo!

Confiando otra vez en los hechiceros, nos habíamos negado á pagar el impuesto. Los hechiceros nos han engañado mil veces, nos engañan cada día, y aún nos

engañarán más... Pero jamás mintieron ni mentirán tan desastrosamente como cuando afirmaron haber visto que el Blanco no volvería... El Blanco volvió con centenares de fusiles y con un sin fin de Massais, que se le habían vendido.

Aquello fué la «desolación de la desolación.»

Nuestros hermanos de la región Sud al principio intentaron resistir; pero el *fusil* les desmoralizó. Y ellos nos comunicaron el terror supersticioso que inspiraba este misterioso instrumento.

El fusil nos impresionaba como si fuera la misma fuerza divina dada á los Blancos para que la dirigieran contra nosotros. Los golpes eran invisibles, irresistibles, inevitables...

El escudo no podía nada contra ellos... la muerte era fatal y sin gloria...

Antes la guerra era una fiesta: afrontábamos la muerte sonriendo. El guerrero valeroso, ágil y fuerte—y todos nosotros lo éramos—regresaba siempre lleno de gloria. El entusiasmo por la gloria velaba los peligros...

Pero luchar contra el *fusil* era como luchar contra Dios mismo.

Partimos á escondernos por los bosques, entre matorrales, en valles y barrancos... todos, hombres, mujeres, niños y ancianos.

Los Massais, protegidos por los fusiles, incendiaban nuestras casas y se apoderaban de los rebaños; ¡imaginaos con cuánta saña lo harían!

Agazapados en nuestros escondites, como hienas en su madriguera, distinguíamos perfectamente cuanto hacían. Al entrar en un pueblo, mirábanlo y lo examinaban todo con gran asombro, como si fueran turistas. Su asombro, empero, no carecía de razón, pues era la primera vez que lo visitaban en pleno día...

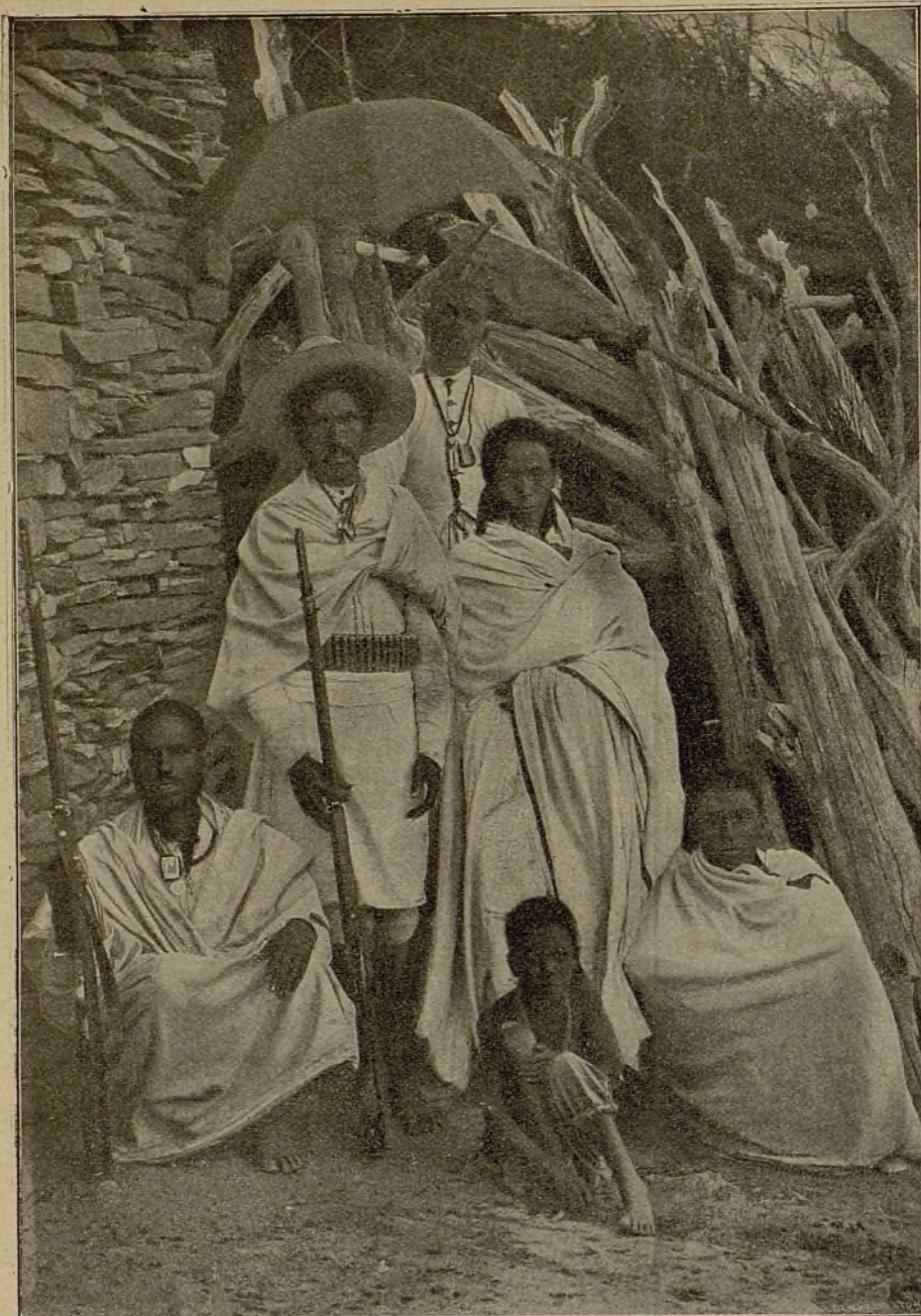
Al día siguiente nuestros «viejos» ofrecieron someterse. No debieron esforzarse mucho para hacerse comprender, pues el Blanco estaba rodeado de Kikuyus, falsos hermanos, «oportunistas», que le servían de guías.

Desde entonces quedamos sujetos al impuesto anual de las casas. Toda guerra ó expedición quedaba rigurosamente prohibida. Nombráronse jefes negros. A ellos incumbía cobrar los impuestos, solventar las cuestiones que se suscitaban y gobernarnos con la ayuda y la protección de los fusiles.

Estos jefes (1), naturalmente, eran los falsos hermanos de poco antes.

Y eran jefes que nada entendían de los principios

(1) Cuanto sigue es de la historia, pero de la historia antigua: y lo digo con verdadero gusto, ya que á este jefe salvaje se le olvidaba decirlo. Al principio los blancos no eran muy numerosos; pero la población fué organizándose cada día. Debo añadir, que sin la protección del fusil, estos Kikuyeros jamás hubieran tolerado que los misioneros se establecieran entre ellos...—(El redactor de las *Memorias*).



ABISINIA.—TIPOS DE INDÍGENAS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. Bateman, lazarista. (Pág. 228).

que los blancos les habían señalado, ni tenían ciencia alguna de gobierno; por otra parte nosotros tampoco estábamos acostumbrados á obedecer. La autoridad para ellos era la facultad de satisfacer sus pasiones, su lujuria, su crueldad, y sus venganzas...

Se distinguían entre todos los *askaris* reclutados entre los *Swakilis* de la Corte.

Nosotros los conocíamos de cuando en otros tiempos venían á comprarnos marfil; y era tal el desprecio que sentíamos entonces por estos *djomba*, extranjeros, que ante ellos las jóvenes se tapaban las narices, como al paso de un animal inundo, y los «ancianos» hacían sacrificios en los lugares manchados con su presencia para purificarlos...

Mucho pudiera hablaros de la manera con que estos soldados nos hacían pagar tal desprecio y tales sacrificios...

Nosotros, que sólo habíamos conocido la autoridad

paterna, tan dulce, paciente, misericordiosa y justa, debíamos temblar ante una multitud de tiranos, como viles esclavos, nosotros que ni siquiera teníamos en nuestra lengua una palabra para expresar la idea de *esclavo*.

No estábamos seguros de la posesión tranquila de nuestros animales, ni de nuestras esposas, ni de nuestras hijas. Se nos hacían toda clase de afrentas. Atábannos de dos en dos por las orejas y nos azotaban cruelmente con correas de piel de rinoceronte, porque el bastón, supremo insulto de otros tiempos, no hacía bastante daño y se quebraba muy pronto...

Nuestros arrogantes guerreros de otros tiempos habíanse trocado en guerreros de cartón; nuestras jóvenes habían perdido su antiguo orgullo.

Nuestras envidiables cualidades de independencia, valor, amor á la gloria, etc., se marchitaban como flores faltas de agua.

La hipocresía, la bajeza y la traición levantaban la cabeza con orgullo, como si sólo para ellas saliera el sol.

Sabemos que el Blanco es bueno y justo; pero la experiencia nos ha enseñado que es preciso ser gobernados directamente por él para disfrutar de esta bondad y justicia (1).

Los Kikuyus de la región del Sud nos decían que allí reinaba la paz porque el Blanco vivía entre ellos y gobernaba por sí mismo la región.

Las ideas habían sufrido un cambio radical; creíase más desgraciado... el que vivía más lejos de los Blancos. Llegué á sentir hastío por cuanto antes era mi alegría é ilusión. Me compré una manta, como los «ancianos», y como ellos me dí á la bebida.

Antiguamente el guerrero no probaba licor. Debía tener la cabeza despejada, el pie firme y la mano fuerte.

No luchando, ni danzando, pues la danza llegó á ser tenida por insípido pasatiempo, no me quedaba otro recreo que la bebida. La única costumbre que conservábamos era la de cantar.

Pero ¡ah! ¡estos cantos nos recordaban tiempos que fueron, las noches de *kechukia*, nuestros pueblos iluminados á la luz de las antorchas, nuestros rebaños perdidos!... y estas tristes canciones disipaban demasiado pronto los alegres vapores de la embriaguez...

¡Ah!... ¿quién nos devolverá el tiempo antiguo?...

(Continuará).

(1) Esto lo he oído decir millares de veces.—(El R. de las M.).

EL RDMO. P. JUAN GIL Y GARCÍA

PREFECTO APOSTÓLICO DEL CHOCÓ (COLOMBIA)



ONRABA poco ha las columnas de varias publicaciones católicas la biografía del P. Cervera, promovido por Su Santidad al Vicariato apostólico de los dominios españoles de Marruecos. Hoy nos complacemos en ofrecer al público la de otro no menos

inteligencia, y por la sólida virtud con que robusteció su bien templado espíritu, le coronó con la aureola del sacerdocio el Ilmo. Sr. Pierola, obispo de Vitoria, en 4 de Junio de 1892.

La Providencia, que le destinaba para grandes empresas, y que para realizarlas le había dotado de un corazón noble y magnánimo, le detuvo dos años con el

cargo de coadjutor en el noviciado de Cervera, para que puesto en más inmediato contacto con el Corazón de su divina Madre, recibiera el temple de los grandes apóstoles de María.

A principios del 95 fué á ponerse bajo las órdenes del reverendo P. Heredero, superior de la casa de Almendralejo (Badajoz), ilustre misionero apellidado con razón el Apóstol de Extremadura, y uno de nuestros más esclarecidos oradores del siglo XIX. A su lado, y emulando los triunfos de sus campañas apostólicas, empezó el Rmo. P. Gil la carrera de apóstol. Muerto al año siguiente el P. Heredero, fué nombrado para sustituirle en el cargo de Superior. El celo y la naciente fama del joven orador le llevaron casi sin descanso por los púlpitos de los más importantes pueblos de la provincia de Badajoz, donde logró despertar entusiasmos re-

ilustre Religioso, el reverendísimo P. Juan Gil, misionero del Corazón de María, recientemente nombrado por Su Santidad Pío X para la nueva Prefectura apostólica del Chocó.

Está situado el Chocó al Oeste de Colombia, y comprende dos vastas provincias del Departamento de Cauca, las cuales llevan el nombre de dos caudalosos ríos que la bañan: el Atrato y el San Juan.

Quibdó, capital de la provincia de Atrato, y futura residencia del Rmo. P. Gil, es ciudad de 14,000 habitantes, y gran movimiento comercial debido á la riqueza minera de oro, plata y platino del Chocó, y á la facilidad de transporte por medio de buques de alto bordo que por el río llegan á dicha capital.

Aunque la parte civilizada del Chocó profesa la Religión católica, las parroquias están abandonadas desde la pasada revolución, y además hay en las selvas del Cauca unos 20,000 indios salvajes que convertir.

Este es el campo de operaciones confiado por el Papa al Rmo. Gil. Y ¿cuáles son los méritos del agraciado para tan alta empresa? Sólo dos palabras puedo decir, pues el espacio de que dispongo no me consiente otra cosa.

Nació el P. Gil en Navares de Enmedio, provincia de Segovia, á 30 de Marzo de 1867. Acogióse bajo la cándida bandera de los Hijos del Corazón de María en 11 de Diciembre de 1883. Después de una carrera brillante por los laureles de ciencia que conquistó su clara



RDMO. P. JUAN GIL Y GARCÍA
PREFECTO APOSTÓLICO DEL CHOCÓ (COLOMBIA)

ligiosos de largo tiempo aletargados.

Pero los triunfos del P. Gil no se limitaban al púlpito. Aquel su carácter lleno de bondad y nobleza le conquistó las simpatías de la aristocracia y del pueblo. Poniendo estas simpatías al servicio de Dios y del Corazón de María, supo convertir un templo pobre y dismantelado en uno de los más hermosos templos de España. Efectivamente, con la cooperación de la excelentísima señora Condesa de la Oliva, en primer lugar, y con la de la noble familia de los Monteros de Espinosa y Chaves, de D.^a Cunegundis Fernández de Córdoba y Marqueses de la Encomienda, dotó la iglesia de un ex-

celente órgano, hizo surgir en poco tiempo siete altares góticos, afligranados, magnífico el mayor y todos hermosos y completamente dorados. Los altares se poblaban de bellas efigies. Vino luego el decorado, en el que desplegó todas las galas de su poderoso genio artístico uno de nuestros más afamados decoradores y pintores. Los amplios lienzos de las bóvedas quedaron embellecidos con ocho cuadros al temple, donde uno no sabe qué admirar más, si lo ideal del asunto, la belleza de la ejecución, la armonía maravillosa del colorido ó la majestad del conjunto.

No sé cómo terminar en pocas palabras lo mucho que me falta por decir. Al Padre Gil se debe la fundación de la magnífica Casa noviciado de Jerez de los Caballeros, que tiene por fundadora á D.^a Cecilia de Arteaga. Reelegido en Capítulo provincial Superior de Almendrale-

jo, fundó en 1901 un colegio de primera enseñanza graduada, en 1905 le agregó otro gratuito para pobres y dejó puestos los cimientos de una Caja de ahorros y préstamos, que no se organizó hasta algún tiempo después. Terminado el plazo de su segundo Superiorato fué nombrado Superior de la Casa de Plasencia, donde su predicación y su noble carácter le han conquistado también generales simpatías.

Por fin, elevado á la dignidad de Prefecto apostólico, por Decreto de 28 de Abril de 1908, no dudamos que, si el Señor le concede largos días de vida, hará grandes conquistas para la fe en aquellas apartadas regiones, y dará días de gloria al Instituto que le cuenta por hijo y á la Patria que le vio nacer.

AURELIO A. Q.

Almendralejo, 1 de Agosto de 1908.

LOS REDENTORISTAS EN EL CONGO (ÁFRICA)

(Continuación)



AS noticias eran halagüeñas y seductoras; se prometían grandes riquezas al Gobierno.

—El paisaje es encantador, decía el enviado extraordinario, la naturaleza exuberante de hermosura y producción; la ribera del río Congo es un nuevo paraíso seductor donde se recogen toda clase de frutas exquisitas y se producen las plantas más raras y estimadas de los países tropicales. Con todas las comunicaciones son por demás difíciles, y si el Gobierno no toma una resolución enérgica, vendrán al suelo y se desvanecerán las mejores y más risueñas esperanzas.

¿De qué se trataba en esta animada conversación que graves personajes sostenían en un bien acomodado salón de la ciudad de Malinas? Se trataba de hacer un ferrocarril que partiendo de Matadi llegara á Leopold-Ville y pusiera en comunicación y abriera á la exportación las encantadoras y feracísimas orillas del río Congo.

Bélgica será un país muy reducido si queréis, pero el genio de lo grande se cierne sobre ella, y Bélgica se lanza atrevida á grandiosas empresas y siempre éxito feliz corona su entusiasmo.

A los pocos meses el silbido de la locomotora, el ir y venir continuo de vagonetas, los golpes secos y repetidos de picos y demás herramientas propias de excavaciones, y el gentío inmenso que hormigueaba á los alrededores de Matadi anunciaban claramente que el Gobierno belga había tomado con empeño la proposición y se comenzaban los trabajos necesarios para unir Matadi y Leopold-Ville por una vía férrea, principio de progreso en el Congo belga.

Un venerable pastor se halla postrado ante la presencia de Jesús Sacramentado; es el Obispo de Gante que piensa en el Congo y pide á Dios le dé fuerzas necesarias para llevar á cabo la noble empresa que ha ideado su apostólico corazón más que su inteligencia.

—¡Infelices obreros! exclama el celoso Pastor, trabajan por la tierra, piensan en la tierra, viven inclinados hacia la tierra, miran á la tierra, y no piensan y no miran y no levantan su noble frente para contemplar el cielo. ¿Y su alma, Señor, y su pobre alma?

Callóse, al decir estas palabras el celoso Prelado, prolongó aún largo tiempo la oración, y levantóse por fin tranquilo y decidido: había tomado una firme resolución y se dispuso á ponerla en práctica lo antes posible.

Pasados breves días esperaban algunos jóvenes sacerdotes en la antecámara del señor Obispo; habían sido llamados á palacio para recibir órdenes de su Prelado. Abrióse al poco rato la puerta, el paje les mandó entrar, y besando el pastoral anillo se dispusieron á oír á su amadísimo Pastor. El señor Obispo conocía el ardiente celo de aquellos jóvenes sacerdotes; habló Su Ilustrísima del Congo; les puso al corriente del abandono en que se hallaban los obreros por falta de sacerdotes; no les ocultó la vida llena de sacrificios que les esperaba en tan lejanos países; recordó el precio de un alma rescatada y redimida por la sangre de Jesucristo; todo ello lo expuso con suaves palabras, tono tranquilo y persuasivo, y de tal manera supo inflamar el corazón de sus hijos, que al terminar el Pastor de hablar, exclamaron los celosos sacerdotes:

—Ilmo. Señor, dadnos vuestra bendición, marcharemos al Congo, y con el auxilio de Dios salvaremos las almas.

Han pasado varios años. Moles pesadas arrastradas por pujante y poderosa máquina de vapor, se precipitan por entre selvas y bosques; las fieras huyen á esconderse en la espesura y el tren continúa su triunfante y acompasada marcha á la ciudad de Leopold-Ville para lanzarse de nuevo hasta las llanuras de Matadi. La vía férrea se ha llevado á cabo, han vuelto miles de obreros á su patria y hogar, y con ellos volvieron también los ministros del Señor. ¿Quedará, pues, el campo por los secuaces de Satanás?

Al partir los sacerdotes para Bélgica el Sr. Obispo de Gante encargó la Misión del Congo al Vicario Apostólico del Bajo Congo, Ilmo. Sr. Van Rousle. Conocía éste el apostólico celo de los hijos de San Alfonso y la misión que tenían de su fundador de ocuparse en la salvación de las almas más abandonadas, y viendo la escasez de clero y considerando los muchos trabajos que sobre él pesaban, pensó en los Padres Redentoristas, llamó confiado á sus puertas y no salieron fallidas sus esperanzas: la Congregación del Santísimo Redentor se encargó de evangelizar á los infelices hijos de Cam, á los abandonados negros del Congo belga.

Corrió la nueva por las casas de la Provincia de Bélgica, y todos, verdaderos hijos de San Alfonso, y suspi-

rando por misión tan difícil y costosa, escribieron al R. P. Provincial pidiéndole encarecidamente ser contados en el afortunado número de los que por primera vez habían de partir á evangelizar á los negros del Africa. ¿Quiénes fueron los escogidos? ya lo sabemos. Todos los vieron partir con santa envidia, que es muy glorioso para los hijos de San Alfonso el catequizar á los ignorantes, ganar sus corazones para Dios, abrirles las puertas del cielo y hacer de gente ruda, vil, ignorante y despreciable, otras tantas piedras resplandecientes y preciosas que embellezcan la celestial Jerusalén.

P. ENRIQUE E. CHAUBEL, C. SS. R.

(Se continuará).

ESTADO DE LA IGLESIA EN AMÉRICA



La institución de la nueva Delegación apostólica en Costa Rica merece señalarse como un episodio de la actividad apostólica de Pío X, por lo que á América se refiere.

Todo cuanto se relaciona con el presente y el porvenir del continente americano, lo juzga el Papa con una elevación de miras y un sentido práctico tan admirables, que harían honra á cualquier hombre político eminente.

Su Santidad Pío X sabe que son inmensas las energías sociales de toda especie, que se encierran no sólo en la América Septentrional, sino también en la Central y Meridional, en aquella América Latina que debe aún librarse de la crisis política y económica que ha heredado de la Revolución, pero que tiene un porvenir maravilloso, no menor que el de hoy de los Estados Unidos, y que el que tendrá mañana el Canadá.

Por esto el Papa y su excelente Ministro el Cardenal Merry de Val, se esfuerzan cuanto pueden para conducir á la Iglesia americana por el camino á que la llaman los altos destinos del continente que descubrió Colón. Es oportuno recordar lo que á este efecto ha realizado ó prepara el Papa en estos primeros años de su pontificado.

En el Canadá, desde que el citado Cardenal, enviado allí en los últimos años del pontificado de León XIII, realizó la importante misión de solucionar la gravísima cuestión escolástica del Manitoba, la Delegación apostólica no ha tenido que hacer más sino continuar colaborando fraternalmente con el celoso episcopado de aquel país. La asistencia espiritual de los que emigran del Canadá reclama cuidados especiales, á los que atiende cada vez mejor. Son de notar los numerosos emigrantes rutenos, para quienes se tiene dispuestos sacerdotes de su rito (griego-eslavo). A esta necesidad se ha atendido, acudiendo á los curas rutenos y á los sacerdotes canadienses franceses que practican el rito ruteno, á fin de auxiliar á los emigrantes que siguen al mismo.

Lo que he dicho acerca del Canadá debe decirse también, y con mayor motivo con respecto á los Estados Unidos, en donde la Delegación apostólica continúa su misión, contando siempre con el trabajo fecundo del

episcopado, del clero, y del pueblo católico. Se ha mejorado notablemente cuanto se relaciona con la asistencia espiritual de los numerosísimos europeos que se trasladan á aquel territorio; para los rutenos, Pío X ha enviado á los Estados Unidos un Obispo de su rito. La Santa Sede mantiene relaciones no oficiales, pero de hecho plenamente amistosas, con aquel Gobierno, lo mismo que con el del Canadá.

En Méjico, en donde la legislación es radicalmente anticatólica, si bien el Gobierno del General Díaz sabe hacerla menos perjudicial para la Iglesia, la Delegación apostólica, que como las dos de que antes hablé, no está acreditada cerca del Gobierno local, ha logrado el mejor éxito al trabajar con el episcopado, para mejorar la condición moral y material de la Iglesia, que desde la Revolución nunca tuvo allí vida más robusta.

En las Repúblicas de la América Central (Guatemala, San Salvador, Nicaragua, Honduras, Costa Rica), no existían Delegaciones apostólicas; y sólo la de Costa Rica tenía un representante acreditado cerca de la Santa Sede. La falta de una Delegación de esta índole en el Centro de América, se hacía sentir mucho; el bien de la Iglesia reclamaba que el estado de cosas cambiara en este punto, tanto más cuanto que aquella región adquirirá con el Canal de Panamá una importancia mundial de primer orden. El Padre Santo ha terminado con buen éxito sus gestiones acerca del Gobierno de Costa Rica, y se ha llegado á la institución de una Delegación que residirá precisamente en aquella República, que es la más pacífica del Centro, y que será residencia del Supremo Tribunal Arbitral, para el Centro América. Es indudable que los beneficios que reportará la Delegación apostólica de Costa Rica, se extenderán á toda la región.

En Cuba, en donde después de la guerra y con el cambio de Gobierno, la Delegación allí establecida tuvo que vencer dificultades, se pudo llegar en poco tiempo á un acuerdo en los asuntos fundamentales, teniendo en consideración la vida eclesiástica y material de las diócesis cubanas, y todo hace esperar un buen porvenir para aquella Iglesia, como para las de Puerto Rico, y las restantes Antillas.

En la América meridional la acción religiosa y social de los representantes de la Santa Sede han logrado

brillantes éxitos. Con la intervención pacífica de aquélla entre las diferentes Repúblicas (Colombia, Perú, Bolivia, Brasil) para el juicio arbitral, ó por cortesía, se ha conseguido evitar sangrientos conflictos y se está en vísperas de resolver satisfactoriamente largas y graves controversias.

En Colombia los beneficios que ha reportado á la República la Delegación apostólica, han motivado que recientemente acordara aquel Parlamento otorgarle con toda solemnidad un voto de gracias. El acuerdo entre la Iglesia y el Estado es completo.

En Venezuela, el régimen excepcional del General Castro, sólo permite algunas mejoras que se ha intentado ó se intentará obtener.

En Bolivia, á causa de una mala inteligencia, que bien pronto quedó desvanecida, se habían suspendido las relaciones diplomáticas entre el Gobierno y la Santa Sede, pero quedaron reanudadas poco tiempo después.

En el Perú son excelentes las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno.

En cuanto al Ecuador, la tormenta revolucionaria había roto desde hacía muchos años no sólo las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, sino también los derechos fundamentales de la Iglesia, porque en aquella República, lo mismo que en Francia, el triunfo del jacobinismo ha ocasionado, á la vez, la persecución de la Iglesia y un régimen nefasto para la paz interior y el estado económico del país. Por fortuna, en estos últimos meses, parece que la situación ha mejorado, y se cree posible que dentro de poco se restablezcan las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En Chile y en la Argentina esas relaciones nada dejan que desear. La Delegación apostólica de Chile será en breve elevada á Internunciatura, así como la de Buenos Aires.

Los Gobiernos de ambos países han donado á Pío X un palacio para la residencia del representante pontificio.

En el Uruguay, ya es sabido cómo el jacobinismo tiraniza al país, y persigue á la Iglesia. Los católicos se organizan allí, finalmente, para tratar de resistir contra la secta.

No es mala la situación en el Paraguay, y fácilmente se podrá mejorarla.

En el Brasil es espléndido el florecimiento religioso. Las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno—á pesar de la separación—no pueden ser más cordiales. Bajo el régimen de la libertad, la Iglesia brasileña ha visto multiplicarse las nuevas diócesis, los nuevos institutos de enseñanza y de beneficencia. La Iglesia del Brasil se encamina triunfalmente hacia un porvenir sin igual: está próxima á ser una de las más grandes Iglesias del globo.

He aquí indicado en pocas palabras, el estado actual de cosas en América, por lo que á la vida religiosa atañe.

La nueva Delegación apostólica de Costa Rica supone una mejora y constituye una indicación satisfactoria. Esto debe consolar á los buenos católicos, que han de contemplar, cómo los sectarios del viejo mundo atacan furiosamente á la Iglesia, perjudicando con ello no poco á sus países respectivos.

CAIMANES Y HECHICEROS



A capital de Madagascar, Maevatanana, en donde hemos establecido nuestra principal residencia, es una ciudad rica é importante. Merecía todas nuestras preferencias, pues además de ser el centro del inmenso país que se extiende desde Majunga hasta Tananarive, es el término de la navegación fluvial, y por consiguiente centro de donde parten las numerosas caravanas que reparten por el interior las mercancías que trae el cañonero. Llamamos cañonero á un barco de dos puentes que da remolque á las chalanas ó balsas en la navegación fluvial. Durante la expedición de 1895 el segundo puente iba provisto de un cañón, que *asustó* repetidas veces á los ribereños del Betsiboka y del Ikopa. En la actualidad el cañón ha sido reemplazado por los fusiles de los pasajeros, los cuales sólo asustan á los caimanes que infestan el río.

I.—Los caimanes

El caimán merece un artículo; es tal su importancia y preocupa tanto á las gentes de estas tierras, que ni aun en una Revista de Misiones puede dejar de hablarse de él.

En Madagascar no hay animales salvajes: ni leones, ni leopardos, ni hienas, ni serpientes, pero el caimán

vale por todos. Jefe de los anfibios, infesta los ríos y sus riberas, habita en los lagos y en los estanques, y le he visto recorrer por tierra tres ó cuatro kilómetros en busca de nuevo domicilio. Al caimán toda presa le es buena: tendido sobre los bancos de arena de la ribera pasa horas enteras en acecho de patos silvestres. Cierta día, unos bueyes estaban bebiendo tranquilamente en la orilla del río Ikopa, cuando de súbito ví á uno de ellos trabar encarnizada lucha con un caimán: el anfibio logró apoderarse de su víctima, é incándole los dientes en el hocico, lo arrastró al fondo de las aguas. Algunos días antes de mi regreso á Europa fuí á visitar el hospital: en él hallé á una pobre mujer que había sido horriblemente mordida por un caimán: estaba sacando agua del río, cuando los dientes del fiero animal le cogen el antebrazo, dislocándole el húmero con una violenta sacudida. Una noche, habiéndose quedado á dormir en su piragua un piloto imprudente, un caimán lo cogió sigilosamente, y se lo llevó: al siguiente día sólo se encontraron unos jirones de su vestido. Esta fiera se introduce de noche en los corrales de las casas más cercanas al río, y roba las gallinas, los patos y hasta los cerdos. Cuéntase con horror que niños jugando en los alrededores de sus casas han sido perseguidos, cogidos y destrozados.

Casi siempre se buscan en vano los cadáveres de las víctimas del caimán, á pesar de que la fiera no suele

devorarlos inmediatamente. Tiene sus caprichos el caimán: le gustan los platos bien sazonados. Suele esconder su presa entre las rocas y concavidades de las márgenes del río, y el inundo anfibio espera que el hedor de descomposición aguijonee su monstruoso apetito. Un día, al llegar al medio del río nuestra piragua volcó: como es natural tuvimos que ganar la orilla á nado. El agua era profunda. Una mujer que se hundía visiblemente, me grita: «¡Padre, sálvame!» Viendo que me era absolutamente imposible auxiliarla embarazado como estaba con la sotana y los zapatos: «¡Prepárate á recibir el bautismo!» la dije. Y esto diciendo le eché agua en el rostro, pronunciando las palabras sacramentales. Era una de nuestras catecúmenas, y espero haberle salvado, ya que no la vida del cuerpo, por lo menos la del alma. Al día siguiente se encontró su cuerpo: un caimán le había comido las entrañas. El caimán es el azote de Madagascar; es el terror de estos pueblos. Las madres amenazan con él á sus hijos para que sean dóciles y prudentes; y en las veladas del hogar los abuelos cuentan á sus nietos, ó las crueles hazañas del anfibio, ó las proezas de heroicos malgaches para escapar á sus afilados dientes.

Repetidas veces me he preguntado cómo poder destruir, ó por lo menos disminuir este azote. Los pasajeros que navegan por el Betsiboka á bordo del cañonero, hacen cuanto pueden para matar caimanes. Durante los cinco ó seis días que emplea el cañonero en recorrer la distancia que separa Majinga de Maevatanana, no tienen otra distracción que la de tirar á cuantos ven. Pero no hay caza más difícil: su piel es á prueba de balas; para herirle mortalmente hay que darle en la cabeza ó en el cuello. El capitán del cañonero, M. Buiński, tiene el privilegio de colocar cuantas balas dis-

para en los ojos del anfibio. Cuantos le conocemos proclamamos muy alto que este diestro tirador tiene, tiempo ha, merecida una prima del Gobierno por los innumerables caimanes de todos tamaños que ha muerto en el decurso de los doce años que hace dirige este servicio fluvial. ¡Qué alegría para el pasajero, al ver que el monstruo, que estaba tomando tranquilamente el sol, cae herido por la magistral bala del capitán! ¡Los ecos de los valles se cansan de repetir los *hurra*s y gritos de entusiasmo! Diríase que los malgaches se juzgan vengados con la muerte del terrible anfibio, azote y verdugo de tantas familias.

Inútil empeño pretender acabarlos á tiros. Ciertos ríos están de tal manera infestados, que á donde quiera que se dirija la vista se ven flotar cabezas viscosas y que vigilan traidoramente. Navegaba un día por el Mahavavy con otro europeo, y tuve la curiosidad de saltar á tierra y seguir las huellas de un caimán hembra que había ido á poner sus huevos en el ribazo. A unos diez ó doce metros de la orilla había cavado en la arena un hoyo de unos treinta centímetros de profundidad, y allí había depositado veintiséis huevos, del tamaño de los de las ocas. En otros hoyos parecidos que encontramos, los había que contenían hasta treinta huevos. El sol se encarga de fecundarlos. Y á los pocos días se ven correr por la arena, tamañitos como lagartos, numerosos caimanes recién nacidos. Ya se os habrá ocurrido, caros lectores, que la destrucción de los huevos sería el medio más sencillo y á la vez el más eficaz para acabar con este azote. Una prima, por módica que fuera, decidiría á los naturales de Madagascar á esta obra salvadora. Pero el Gobierno parece no interesarse por ello.

(Continuará).

UNA OBRA SANTA



Es sin duda continuar la misión de Jesucristo sobre la tierra iluminando con los vívidos esplendores de la fe las inteligencias de aquellos seres infelices que viven aún sumidos en las negras sombras del error y de la infidelidad. Este fué el ministerio de los Apóstoles en los primitivos tiempos del Cristianismo, y lo es actualmente de los misioneros católicos, quienes, impelidos por la suave violencia del amor divino, abandonan sus hogares, padres y patria, y lánzase intrépidos á lo desconocido, arrostrando mil penalidades á trueque de ganar un alma y llevarla al aprisco del Buen Pastor.

Grande, en verdad, es el mérito de su sacrificio, pero no es tan exclusivista é inasequible que también vosotros, amados lectores, no podáis participar por medio de vuestro óbolo, de la limosna ofrecida al misionero, de obra tan santa y meritoria. Porque, si de tanta recompensa es digna la limosna otorgada al pobrecito por ser la imagen de Cristo, ¿de cuánta mayor no os haréis acreedores vosotros ayudando, [socorriendo y favoreciendo á su ministro, del que hace sus veces sobre la

tierra? ¿Y no queréis que Jesucristo recompense muy copiosamente la limosna que dais á su apóstol, limosna que es la gota de bálsamo que mitiga sus penas, dulcifica sus amarguras y remedia las apremiantes necesidades que torturan su alma?

Escribo las presentes líneas con motivo de haber recibido la Obediencia del reverendísimo Padre General de nuestra Orden Franciscana destinándome á las Misiones de China, el cual, deseoso de cooperar á los santos anhelos y propósitos del Vicario de Jesucristo de difundir la fe católica en las naciones extremo-orientales, y como para este objeto sean necesarios cuantiosos recursos, me ha ordenado recurrir á los corazones generosos y á las almas compasivas pidiéndoles *una limosnita por amor de Dios!* con el fin de sufragar tan crecidos gastos y aliviar en lo posible la suma miseria á que se hallan reducidos aquellos hermanos nuestros.

Esto es lo que me obliga á llamar á las puertas de vuestra inagotable caridad, amables lectores.

Las limosnas pueden mandarse al postulante—Convento de Padres Franciscanos—Vich (Barcelona), y también á Barcelona, calle Santaló, 74. (S. G.).

FR. FRANCISCO BERNAT, O. F. M.,
Misionero Apostólico.

DE MASAUAH Á ALITIENA (ABISINIA)

APUNTES DE VIAJE, POR EL R. P. BATEMAN, LAZARISTA

El R. P. Bateman, lazarista, nos envía la siguiente relación de sus primeras etapas en Abisinia y de sus primeras impresiones apostólicas. Es un relato interesante, y va adornado con artísticas y curiosas ilustraciones.



El 24 de Septiembre, á las seis de la mañana, pisaba por fin tierra abisinia. Fuí á celebrar el Santo Sacrificio en la capilla de las Hermanas de Santa Ana. En esta capilla hay el sepulcro del Ilmo. Sr. Touvier, que murió de congestión en el fondo de un valle. Cerca de los restos de

este insigne apóstol celebré la primera Misa en territorio abisinio. Terminada ésta, fuimos á pasar el día en casa de los reverendos Padres Capuchinos, quienes nos dispensaron una acogida verdaderamente fraternal.

Masanah es la ciudad más calurosa del mundo.

El lunes, á las seis de la mañana, abandonábamos este «infierno» y tomábamos el tren, que en cuatro horas debía conducirnos á Gindha, á 600 metros de altura. El ferrocarril este cruza un país desierto, horrorosamente salvaje; la línea avanza entre encrespados y gigantescos peñascos, que forman una como muralla á sus lados.

Al salir de Masauah encontramos una vasta llanura, árida y ardiente. Al pasar saludé la antigua residencia del Ilmo. Sr. Jacobis: ¡Encullo! Ví los escabrosos caminos que en otro tiempo recorría á pie este ilustre misionero, y que hoy nosotros salvamos cómodamente en ferrocarril y á gran velocidad.

A las diez llegamos á Gindha, y á eso de las once cogimos una tartana, que nos condujo á Asmara, á 2,400 metros de altura, á donde llegamos á las seis de la tarde. Empezaba á ser de noche y tiritábamos de frío. ¡Qué cambio en un día! Fuimos á presentar nuestros homenajes al señor Gobernador y á pedirle permiso para ir á Ebo, en donde se halla el sepulcro del ilustrísimo Sr. de Jacobis; nos lo concedió con mucha amabilidad. Por la noche recibimos cordial hospitalidad en casa del Rdo. P. Miguel, prefecto apostólico del Erytrea.

Cabalgamos cinco días, durante los cuales hicimos un recorrido de 250 kilómetros.

La etapa del primer día fué 68 kilómetros.

Emprendimos la marcha á las seis de la mañana, con grande alegría de nuestros corazones. Yo estaba orgulloso de verme por fin montado sobre un jumento abisinio, precedido de criados negros, que me miraban con curiosidad, haciendo brillar sus blanquísimos dientes. Era un verdadero misionero en traje de campaña, é iba á saborear las salvajes delicias de la vida apostólica.

A las once nos apeamos, y nos sentamos bajo corpulento árbol, cerca de un pantano: allí comimos. Las manos hicieron las veces de tenedor y cuchillo. Sin pensar alguno renuncié á las formalidades de la etiqueta

mundana. Y qué bien se come [particularmente cuando uno tiene hambre!

Al medio día reanudamos la marcha, que se hizo ya más fatigosa: la llanura había cedido su lugar á las montañas, y por aquellas alturas el calor se hacía insostenible. Aquel día recibí el bautismo del fuego.

A las dos de la tarde pasamos por delante de unas chozas abisinias. Sus habitantes nos conocieron y suplicaron nos quedáramos á comer con ellos. No podíamos rehusar tan franca invitación, sin afigirles profundamente. Aceptamos, pues, y nos sentamos en una piedra, á la sombra de copudo árbol: pronto empezó el servicio. Primero huevos, después aguamiel (como aquel día hacía tanto calor, la bebí sin repugnancia); luego platos tan extraños, que de mí sé decirlos quedaba satisfecho con sólo mirarlos. Para postres, nos trajeron una sopa. Mi Superior, acostumbrado á la cocina del país, adivinaría por el olor el gusto, y la rehusó con buenos modales, ofreciéndomela á mí: quise echármelas de valiente, empezar el duro trabajo de la aclimatación y la acepté. Entonces mi Superior me dijo:

«—¡Cerrad los ojos, la nariz y las orejas; apretad los dientes... y bebed!»

Fácil me fué cumplir la primera parte de la consigna, pero la segunda... imposible.

Majestuosamente me llevé la taza á los labios; al primer sorbo, involuntarias muecas revelaron mi repugnancia... Viendo todas las miradas fijas en mí, quise apurar el contenido... Hasta que, no pudiendo resistir más, declaré «que la sopa era muy buena... pero que no tenía apetito.»

Un abisinio se encargó, con visibles muestras de alegría, de acabar con los restos de la para mí amarga sopa.

Acabada esta refacción, nos pusimos en marcha otra vez; pero aquella maldita sopa no quería pasarme del estómago, veinticuatro horas la sufrí. ¡Qué sopa!... Aquello parecía una mezcla de aceite de hígado de bacalao y manteca rancia, sazónada con un poco de hollín y el todo condimentado con guindillas, total un escozor terrible en la boca, cuello y garganta, que me duró hasta la noche.

El fin de la jornada fué fatigoso. El terreno que recorrimos era montañoso y los caminos pésimos. Por la noche, al llegar á Saganeiti, estaba rendido. Pero era deber imprescindible ir á ofrecer nuestros respetos al Mayor, que nos recibió con mucha amabilidad y nos invitó á cenar.

Pasamos la noche en una especie de choza, que mejor parecía una carbonera, y al día siguiente celebramos el Santo Sacrificio en la iglesia católica del país. Era el de la fiesta de la Cruz, ó de la *Meskel*, como la llaman aquí, fiesta nacional de los Abisinios, por lo que la Misa fué solemne con acompañamiento de música y canto.

Este requiere algunos detalles.

(Continuará).